

MANIFIESTO XXXIII ROSARIO UNIVERSAL.

El mes de octubre representa, para los cristianos, mucho más que el final de la campaña estival o el comienzo de un nuevo curso. Octubre es el mes dedicado al Santo Rosario. Un mes en el que la Iglesia nos recuerda la importancia de esta oración que, durante siglos, ha acompañado a los cristianos en sus momentos de mayor dificultad.

En el año 1208, mientras Santo Domingo de Guzmán se encontraba predicando contra la herejía cátara, la Santísima Virgen María se le apareció y le entregó el Santo Rosario, enseñándole a rezarlo y señalándolo como un arma espiritual para combatir el error y conducir las almas hacia Cristo.

Han pasado siglos desde entonces. Siglos en los que el Rosario ha estado presente en las grandes batallas de la Cristiandad. Lepanto es quizá el ejemplo más conocido: mientras Europa se encontraba amenazada, los cristianos recurrieron a la oración y pusieron su confianza en la Santísima Virgen. No fue la fuerza humana la que sostuvo aquella esperanza, sino la certeza de que, ante las mayores amenazas, el cristiano no está solo.

Y hoy seguimos necesitando ese auxilio.

Porque vivimos tiempos en los que demasiados cristianos han olvidado dónde deben poner su confianza. Buscamos soluciones en hombres, en instituciones, en ideologías y en poderes pasajeros. Depositamos nuestra esperanza en dioses de barro que hoy parecen fuertes y mañana se derrumban.

Pero todo eso pasa. La Santísima Virgen permanece. El Rosario permanece. Y Cristo permanece.

Por eso, cuando las circunstancias se vuelven difíciles, no debemos abandonar el Rosario. Al contrario: debemos aferrarnos todavía más a él. No existe batalla espiritual que podamos afrontar sin oración, sin sacrificio y sin la ayuda de Dios.

Para la familia del Rosario Universal, octubre no es el único mes del Rosario. **Todos los meses son meses del Rosario**, porque nuestra lucha no termina cuando termina el calendario.

Seguiremos reuniéndonos. Seguiremos rezando. Seguiremos poniendo nuestras preocupaciones, nuestras familias, nuestra Patria y nuestro mundo bajo el manto de la Santísima Virgen.

Continuemos unidos bajo una misma arma espiritual: el Santo Rosario.

Que nadie nos haga retroceder. Que nadie nos haga avergonzarnos de nuestra Fe. Que nadie nos convenza de que rezar es inútil.

Sigamos adelante. Sin dar un solo paso atrás. Con el Rosario en las manos, la Fe en el corazón y los ojos puestos en Cristo.

¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA LA SANTÍSIMA VIRGEN!